

EDITORIAL

El 2013 pasará a la historia de los mexicanos por las modificaciones realizadas a su Constitución, asuntos relacionados con educación, energía y hacienda son temas resueltos para el Estado, no así para grupos opositores, trabajadores, organizaciones civiles y algunos intelectuales.

Nunca como ahora una modificación a nuestra constitución pasó y fue aprobada sin o con el mínimo debate. En lo general se votó en automático por legisladores del PRI, PAN, Verde Ecologista, PANAL y unos cuantos de partidos de izquierda como el PRD y Movimiento Ciudadano. Los números a favor de las reformas son esclarecedores: de un total de 500 (aunque nunca asisten todos), los votos para su aprobación fueron: 291 la reforma hacendaria, 354 la energética, 390 la educativa y 414 la de telecomunicaciones.

Suena increíble que la reforma al Artículo 24, acerca del Estado laico, logró modificarse en poco más de 2 años, para ello se revisó y discutió en cada una de las legislaturas federales y estatales, en cambio, a la llamada reforma energética (por citar la más cuestionada) sólo le bastaron 83 horas para que fuera avalada por las legislaturas de los Estados y hacerla constitucional (se requieren 17 de los 32 estados que componen la república mexicana para ello). En un país donde la lectura es catastrófica, los diputados de Nuevo León tardaron 3 minutos, los de Sonora 7 y los de Querétaro 10 en votarla sin que mediara discusión alguna. Es el nuevo estilo de la vida republicana: no dialogar, no discutir... sólo imponer.

Nunca como ahora las cosas se observan con otra óptica, los intereses mediáticos y económicos llevan a las ideologías hacia un pragmatismo irresponsable y carente de una conciencia social. Hoy los políticos gobiernan y actúan sin hacerse responsables ni tomar en cuenta a quienes votaron por ellos para gobernar.

Con este gobierno se demuestra una cosa: no es necesario que los partidos políticos prometan algo en las siguientes elecciones, ya que una vez llegando al poder hacen lo que les viene en gana. Lo mismo ocurrió con Felipe Calderón y su guerra en contra del narcotráfico (no estaba mencionada en su campaña), Peña Nieto igual (las modificaciones a la constitución no estaban en su programa de manera velada), visto así, básicamente estamos hablando de algo parecido a un neoabsolutismo: sin el pueblo (salvo sus votos).